

El retorno de Mercurio

Las bibliotecas europeas conservan cientos de libros dedicados a la Gran Obra alquímica. Sin embargo, la piedra filosofal y el elixir de larga vida permanecen ajenos a nuestro radical escepticismo. ¿En qué lenguaje fueron escritos aquellos indescifrables manuales místicos?

BASILIO BALTASAR

PATRICK HARPUR, *MERCURIUS O EL MATRIMONIO DE CIELO Y TIERRA*, ATALANTA, 2015.

Dijo Jacob Böhme en su *Aurora* (1612) que la Divinidad “tiene en su más interior nacimiento una acritud terrible”. Basilio Valentín, pseudónimo de un inquieto monje benedictino (1413), asegura en *Las doce llaves de la filosofía* que basta “una pequeña cantidad del espíritu del dragón” para “disolver y hacer volátiles el oro y la plata”. Ireneo Filaleteo, un inglés del XVII, subraya que “nuestro Mercurio es espiritual, femenino, vivo y vivificante”. Nicolás Flamel, en su *Libro de las figuras jeroglíficas* advierte que “si tras

haber puesto las confecciones en el huevo Filosófico no ves la cabeza del Cuervo negro de un negro muy negro, tendrás que volver a empezar”. Para Fulcanelli, quizá el más tardío de los artifices (1924), la serpiente, a la que atribuye la naturaleza disolvente del Mercurio, “absorbe ávidamente el azufre metálico”.

He aquí los vestigios de una tradición que los expertos remontan hasta la biblioteca de Asurbanipal, en Nínive, en el siglo VII a. C. Una escuela de pensamiento que se vio galvanizada en la Alejandría helenística gracias a la influencia griega, persa, judía, egipcia y gnóstica. Como si cada uno de estos *estilos* hubiera desembocado por su cuenta en la tumultuosa ciudad y en un tratado filosófico libre de doctrinas y credos nacionales.

Esta voluntad transcultural y transhistórica es uno de los rasgos más notables de la tradición alquímica que arraiga a lo largo del eje cultural occidente-oriente. Aunque cabe advertir que por esmerada que sea la disposición del lector contemporáneo, tarde o temprano desistirá con desesperación, incapaz de penetrar la hermética apariencia del lenguaje alquímico. Si el lector es indulgente, renunciará a descifrar la compleja simbología de un relato incomprensible; si fuera colérico, blasfemaré y contribuiré con su desdén a divulgar la fama de charlatanes que arrastran los alquimistas. Inevitablemente el lector se preguntará con irritada impaciencia ¿de qué están hablando? ¿Hay alguien que lo entienda?

El azufre y el mercurio, con sus respectivas cualidades (fijas, cálidas y secas o volátiles, frías y húmedas) operan sobre los metales mediante la calcinación, congelación, coagulación, disolución, digestión, destilación, sublimación, reparación, multiplicación y proyección. En este complejo proceso actúa, bajo la influencia del calendario astral, un fascinante bestiario: el Dragón, el León, el Pelicano, el Pavo Real, el Cuervo, la Serpiente. Es en este circo místico de herreros, químicos y animales legendarios en donde se consuma la Gran Obra. Allí dónde el adepto de la “antigua ciencia” y “noble arte” obtiene la piedra filosofal y el elixir de la inmortalidad.

Ciertamente, no parece haber nadie en condiciones de traducir a nuestro lenguaje lógico este galimatías “hermético” y resulta por ello sorprendente que a lo largo de los siglos haya subsistido una escuela de pensamiento que no se entiende. Son miles los volúmenes conservados en las bibliotecas europeas que comentan con erudición misteriosa las operaciones de la Gran Obra e innumerables los manuscritos bellamente ilustrados con emblemas y alegorías que nadie sabe interpretar.

Aunque podamos apreciar los seductores símbolos de la alquimia y dejarnos perturbar por su evocación poética –por las imágenes ancestrales que remueven–, no hay modo de integrarlos en nuestra moderna visión del mundo. La severidad materialista, que no deja de censurar las tentaciones de la imaginación creadora, nos cierra el acceso a una interpretación del cosmos que se remonta a episodios pre-cartesianos. La tecnología industrial, por su parte, cercena una de las ideas que articulan la filosofía alquímica: la de una naturaleza preñada por el espíritu. Los académicos que han estudiado los tratados alquímicos parecen dispuestos a concederles la pertenencia a una confusa mística, pero deben negar que la alquimia sea ese “arte sublime” que se considera a sí mismo “la más solvente de las ciencias”.

Sin embargo, la alquimia *anuncia* la liberación del espíritu prisionero en la materia. Bajo el patronazgo del legendario Hermes, el ciclo narrativo de la alquimia acoge a los viejos mitos clásicos y cristianos y otorga a sus figuras un excelso papel en la insurgencia del alma y la transformación de la materia. Apolo, Leda, Saturno, Cristo, La Virgen... aparecen con su vigor ancestral en el teatro de la condición humana –y en el oscuro laboratorio del alquimista– para representar el último acto. Son los tutores del alma, dispuestos a propiciar la derrota del destino, la extinción y la muerte. ¿Quién podría resistirse a la llamada de esta epopeya? ¿Quién se negaría a poner en práctica las instrucciones de un manual como éste?

La promesa de la piedra filosofal y del elixir de larga vida nos hace lamentar que algo tan formidable sea enunciado con fórmulas tan inextricables. Aunque uno, a fin de cuentas, entiende que el misterioso

desafío a las leyes naturales (la fabricación del oro y la prolongación de la eterna juventud) esté reservado a una aristocracia espiritual reacia a divulgar las claves del gran secreto (y sin embargo paradójicamente empeñada en dar testimonio de su inminencia).

Carl Gustav Jung, Mircea Eliade y Gaston Bachelard han ayudado a comprender lo que hay en la alquimia de psicología y de historia cultural, proponiendo reveladoras aproximaciones a su denso y opaco vocabulario. Pero no son muchos los autores contemporáneos que han tratado con interés la prolífica literatura de esta extraña tradición. De ahí que se pueda celebrar el libro de Patrick Harpur que publica Atalanta como el más penetrante de los recientemente dedicados a la ciencia hermética. *Mercurius o el matrimonio de cielo y tierra* es una novela y un ensayo. La vida de sus protagonistas transcurre por diferentes cauces temporales, pero tanto el capellán Smith como la joven Eileen comparten un inteligente interés por los arcanos de la alquimia. La joven antropóloga –femenina y vivificante– aplica el método estructuralista de Lévi-Strauss al entramado conceptual urdido por los alquimistas, mientras que el capellán –*negro como la cabeza de un cuervo negro*–, ajeno a las dubitativas cautelas de la posmodernidad, se limita a obedecer las instrucciones de sus maestros. Las peripecias sentimentales de los protagonistas, y sus desdichas personales, confirman que a pesar de las grandiosas promesas de la ciencia alquímica no les será fácil a los humanos huir de su propia y perturbada acritud.

El ejercicio sincrético de Harpur devuelve a la tradición alejandrina una fugaz actualidad. Sin embargo, los vínculos que sugiere entre la física cuántica, la cosmografía de la materia oscura y los estudios de la consciencia, invitan a considerar con algo más de curiosidad las visiones de los viejos alquimistas. Harpur ha escrito un sagaz estudio sobre el arte y la ciencia de aquellos brujos blancos.



BASILIO BALTASAR ES EDITOR Y AUTOR DE *PASTORAL IRAQUÍ*, ALFAGUARA, 2014.